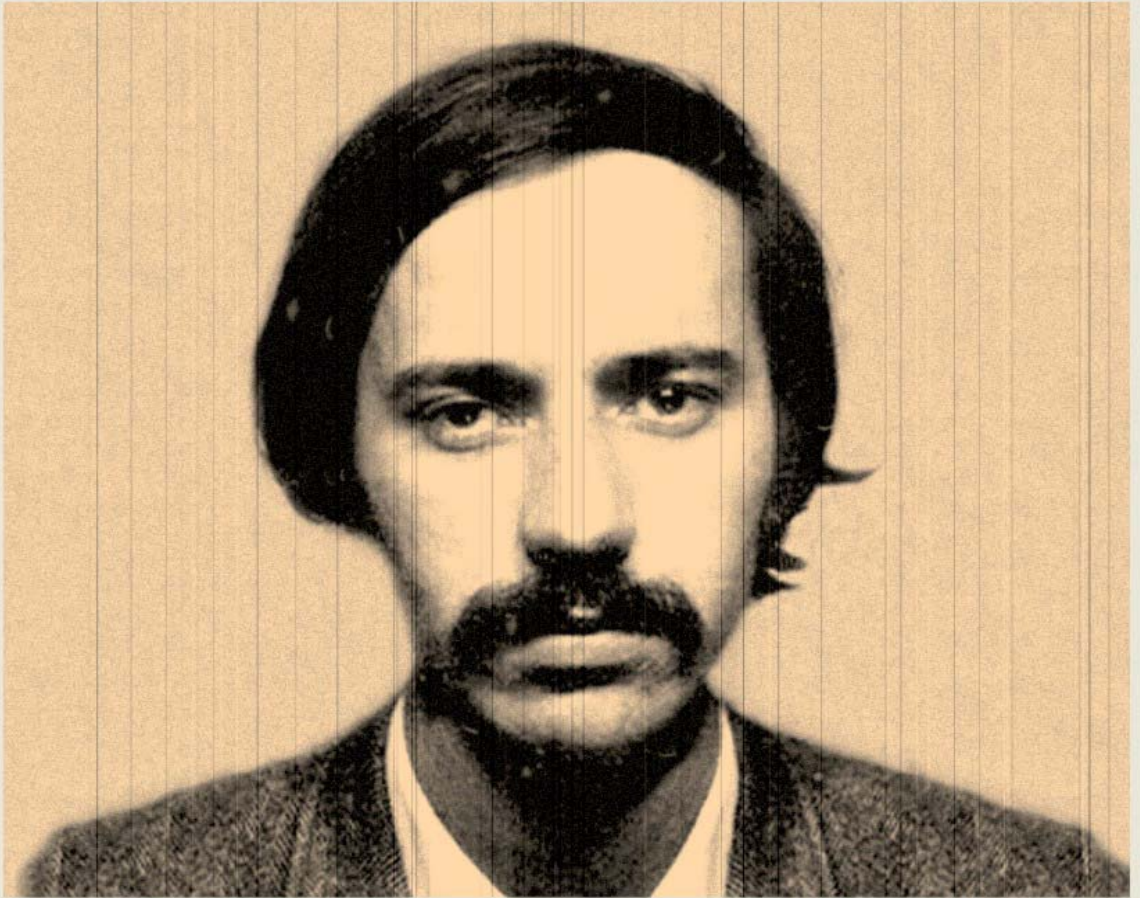


Arquitrave



Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard • Francisco Urondo
V́ctor Valera Mora • Caupolicán Ovalles • Alberto Rodríguez
Tomás Quintero • Ignacio Alvarado • Luis Miguel Madrid
María Coronado • Edén Morán Marín

A lo lejos

*Cuando era joven,
en el océano de la vida,
alzaba la vista y miraba distantes
los setenta años de la edad.
Como en un puerto lejano
crucé tormentas y oleajes
y he aquí que he llegado.
Entonces miro hacia atrás
y veo a lo lejos los días de mi juventud.
Mi pueblo natal se ha hecho humo.*

Zeng Zhuo

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director
Héctor Gómez Guerrero • Secretario de Redacción
<http://www.arquitrave.com>
ISSN: 1692-0066
Nº 42, Volumen 8, Año VIII
Abril de 2009

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín,
C. Peri Rossi, C. Triviño Anzola, D. Balderston, D. de J. Cordero, E. Restrepo,
J. Jaramillo Escobar, J. Prats Sariol, J. D. García Mejía, J. M. González Martel,
L. Borja, L. A. de Villena, M. Al-Ramli, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

I. ESCOBAR URDANETA DE BRIGARD

[SANTA FE DE BOGOTÁ, 1943-1974]

Umberto Cobo



Paul Montolla ha sido el único crítico que fatigó los originales de los ignorados y espléndidos poemas del más raro y culto de los poetas que J. M. Granito, en compañía del editor Cirilo Roldán, expulsaran de la antología *Una generación desencantada* que el impresor Marco Palacios encargó a un innombrable, con un preámbulo de Antonio Caballero Holguín, el último de los periodistas de *Alternativa* que vio con vida a Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard [Bogotá, 1943-1974].

Ciertamente, ni los poemas de Elkin Restrepo, Raúl Gómez Jattin y Escobar aparecieron en la miscelánea de marras, donde

el hijo de Rubayata tanto ensanchó su participación y la de un redactor de ambiguas letras para boleros, que invadieron todos los espacios de los prescindidos. Acción justificada por el librero invocando que los manuscritos de Escobar no se encontraban entre los legajos que para el año de la edición del volumen, ya había rescatado y donado, a la Biblioteca de La Candelaria, su albacea, junto a un mamotreto de teorizaciones sobre lírica, recuentos de rebeldías, abulias y excesos en lugares prostibularios.

Este año, luego de una limpieza de la estantería para dar hospedaje a las nuevas pinturas que de su primer difunto facilitó Doña Gloria Viuda de Todos, unas aseadoras exhumaron, entre los aposentos del tercer sótano, la obra original, verso y prosa del inventor de la *Generación Desencantada* junto a una copia de la investigación del doctor Montolla. Lo que ha permitido, a este recatado estudioso, desenmascarar a varios fuleiros, que usando los papeles de Ignacio Escobar, aprovecharon económicamente su legado, suplantando su gloria y prestigio.

Revelaciones que tienen que ver con sonados casos, acaecidos a mediados de los años ochentas y que concluirían con la expedición de la Ley de Derechos de Autor durante el ardiente gobierno de Belisario Betancur.

Como se sabe, un grupo de la siniestra adquirió a un prostrado impresor el despojo de su editorial. Entre ellos figuraban varios socios de una revista fundada de consuno como brazo impreso del armado M-19, de Jaime Batman Cañón. J.K., y F.B., gerente y distribuidor de La Negra Borrego, cuyas oficinas contiguas al cenadero El Trébol de la 18 con Séptima, ocupaban la profunda parte baja de la casa de Indalecio Liévano Aguirre, al oír de boca de Eduardo Barcha, El Cuña, que Escobar acababa de ser asesinado al salir de una corrida de toros en Zipaquirá y temiendo no poder recuperar unas

libranzas, enviaron a Carolina Morales, alias La Chili, hasta el apartamento del poeta en Chapinero donde Fina Carreño, su mujer, le procuró un sobre de manila con los casi mil folios de sus memorias y poemas en vez de los vales.

J.K., y F.B., que tres lustros más tarde se verían involucrados en conflictos judiciales por abordaje de libros de Gabito Márquez, una vez que Fernando Arbeláez opinara que para no perder todo el dinero era buena idea publicar esas reminiscencias aprovechando el momento político y el desparpajo e insolencia con que Ignacio Escobar vapuleaba su propia familia y a los trotskistas, exigieron a Caballero Holguín, como garantía de su secreta fe revolucionaria, hacer unos retoques a los textos y con la ayuda del redactor de *El Manifiesto*, concluir la historia.

Así fue como las memorias del último año de vida de Escobar terminaron siendo publicadas por La Negra Borrego dentro de una espeluznante colección de “*Las 100 más audaces [sic] leyendas colombianas*”, muchas de ellas mutiladas para ahorrar papel y tinta, como demostró la académica María Cristina Mekiere Gobernar en un escrupuloso estudio de la paráfrasis de *El soneto que mató a papá*, del embera senú Patroclo Cromos, al que faltaban más de un millón de tildes y comas, haciendo tropezar al lector en cada página o hundirse en las tinieblas al final de los 320 capítulos, algunos con mucho llanto y lamentos.

Sabemos además, luego de la publicación del estudio de Montolla, que las últimas 64 páginas de *Fuera de enmienda* no fueron redactadas sino dictadas, entre sorbos de café y chorros de licor de malta por Caballero Holguín a Jiménez Moreno. Esas carillas finales relatan, justamente, los asesinatos de los poetas Morán Marín y Escobar, el secuestro de su tío Foción Urdaneta y el fallecimiento de Doña Willianrica Ospina de Carvajal.

De la lectura de esos papeles se deduce que Ignacio Escobar fue el tardío hijo menor de una pareja cuyos antepasados se remontan hasta Teresa de Ávila y Calderón de la Barca, algunas de las esposas de héroes como Santander y el mismo Libertador, descontando su parentesco con José Eusebio y Miguel Antonio Caro y varios militantes en las guerras civiles. Hizo estudios en el Gimnasio Moderno con algunos ex presidentes y ministros del despacho, pero pasó buena parte de su juventud en la España del estraperlo y la Europa de la rebeliones estudiantiles o participando en fandangos en la capital de Colombia junto a miembros de la clase ociosa de los Mamertos del Partido; la Jupa línea Mao Tu Chi y los Troskistas de Nahuel Moreno, mientras se intoxicaba de Nietzsche, Schopenhauer, Sartre, Malraux y Camus, aun cuando sus ídolos literarios fueran Jean Nicolás Arthur Rimbaud, víctima de una putrefacción cuando había decidido abandonar la lírica, y el austriaco Robert Musil, autor de la interminable *Der Mann ohne Eigenschaften*, una reflexión sobre la crisis del racionalismo y la búsqueda de una teoría del sentimiento que dé salida a las emociones atrapadas en un sistema asfixiado por la ciencia y la complejidad de la existencia. Otros libros que admiró fueron *Ulises* de James Joyce, la *Odisea* de Homero y *Adán Buenosaires*, del argentino Leopoldo Marechal.

Aún cuando otros momentos de su vida son estudiados por Montolla, para nuestro propósito interesan los meses finales de su vida, cuando compuso el puñado de poemas y teorizó sobre ellos, que hemos elegido para acompañar y dar sentido a esta nota.

Según las transcripciones de los extensos interrogatorios que hiciera sobre el asesinato del poeta, Guillermo “Trilce” Martínez, sustanciador de penas del doctor Luis Carlos Pérez, segundo juez de instrucción criminal de La Macarena, y los testimonios de Pedro Manrique Figueroa, Rosa Jaramillo viuda de Herrera Gómez y Jorge Restrepo, la rutina de Ignacio desde su regreso de Europa

incluía dejar, a eso del medio día, su pequeño apartamento en la calle 63 con Caracas, cuyo arriendo y servicios cancelaba su señora madre, Doña Leonor Urdaneta de Brigard.

Chapinero, que había sido a comienzos del siglo XX un lugar de casas art nouveau diseñadas por Karl Brunner, con lotes de terrazas y balcones con balaustradas, jardines y huertas, era ahora un mare magnun de multitudes, tráfico, banderas, pasacalles, avisos de neón, ventas ambulantes de perros y chorizos calientes, casetas de comercio informal, mariachis y moteles que advertían la Chapigay de hoy.

Un sector opaco y depresivo en comparación con la dilatada villa de Doña Leonor, en Santa Bárbara, al norte, donde cada sábado, con sus fieles tías seniles, primos de chaleco y tweeds, primas preñadas, niños y perros se reunía para tomar onces. Luego iría a casa de otros frívolos y clasistas para darse unos cuantos pases de perico, deslizarse por el Goce Pagano antes de la juerga vespertina en alguno de los apartamentos de Rosales y ya entrada la noche, a El Oasis en la carrera trece con calle cuarenta para departir y discutir con sus colegas rimadores¹, ligar con alguna trabajadora sexual de la zona y terminar en La Perseverancia, en una tienda de la esquina con insurrectos o partisanos del Chicó², *“narcisos y ensimismados cuyo interés primordial -por encima de la lucha de clases- era tener dominio so-*

1 Alberto Hoyos, Álvaro Miranda, Anabel Giraldo, Álvaro Burgos, Armando Orozco, Ebel Botero, Edén Moran Marín, Edmundo Perry, Jairo Maya, Jorge Leiva, Henry Luque, Ignacio Alvarado, Jaime Mafla, JL Díaz Granados, Jorge Marel, Montse Ordoñez, Miguel Méndez, Manuel Hernández, Nelson Osorio, Oscar Piedrahita, David Jiménez, Nicolás Peña y sus Álvaro Rodríguez y José Pubén.

2 “El negro” Collazos, Abel Carbonell, Amalia Iriarte, Arturo Alape, Aseneth Velásquez, Beatriz Viecco, Carlos Reyes, Clemencia Lucena, Diego Mantilla, Enrique Desventura, Quike Santos, Eutiquio Leal, Felipe Escobar, Felisa Bursztyn, Fred Kain, Jaime Barbín, Jairo Niño, Jefferson Calarcá, Alí Triana, Jorge Elías, Jorge Ucrós, Alfredo Sánchez, Ernesto Lasso, Matilde Pérez, Patricia Ariza, Pedro Herrán, Ricardito Samper, Ricardo Camacho, Ricardo Urrea Fajardo, Santiago García o Umberto Molina.

bre las hembras de la tribu” si confiamos en los testimonios del historiador de costumbres, Mauricio Pombo.

Cuando Escobar Urdaneta nació Bogotá todavía era la del celoso albañil que asesinó a Jorge Eliecer Gaitán frente a las oficinas de El Tiempo. Un mundo de guetos ingleses llamados Parque Nacional, La Magdalena, La Cabrera, el Chicó o la inmensa hacienda de don Pepe Sierra, de casas rodeadas de jardines con altos árboles que habían sustituido las vetustas mansiones coloniales de Santa Bárbara y La Candelaria, convertidas ahora en tugurios donde escribían Aurelio Arturo, Gabriel Eligio García, Miguel Ángel Osorio, Luis Tejada, Arnoldo Palacios, Manuel Zapata Olivella, Carlos Arturo Truque, Bernardo Arias Trujillo, Antonio Osorio Lizarazo o Carlos H. Pareja para quienes la poesía no servía mas para llegar a la presidencia, pero estaba en todas partes, porque se vivía bajo su sombra y se nutría de sus pasiones, porque siendo la capital del país y la sede del gobierno era sobre todo la ciudad donde vivían los poetas.

A comienzos de los años cuarenta apenas se sospechaba que aquel mundo copiado del celuloide desaparecería entre la mugre y el asco del infierno social de los primeros gobiernos del Frente Nacional. Los rancieros bogotanos que no se parecían sino a sí mismos, con sus rostros encendidos por los licores de malta y el aire fresco de la sabana que recibían sobre la grama de sus haciendas y clubes sociales, vestidos con tenues colores que olían a picadura, o exhalaban un castaño, gris perla, vino tinto o amarillo de morriñas dignas de los bucles dorados y los ternos sastres de enormes hombreras de mujer que ingresaban a los salones de baile del Hotel Granada o La reina, donde las pasiones y las infidelidades se cocían en las voces de Agustín Lara y Elvira de los Ríos.

Todo iba a desaparecer para siempre. La voz de la cólera lo había anunciado en el Teatro Municipal; las sirvientas respon-

dían cada vez más alto y los choferes no respetaban a nadie. “Mujer, si puedes tu con Dios hablar...” era ahora “soñadora, coqueta y ardiente”; el hijo del ex presidente se enriquecía a costa de las desgracias de una guerra lejana, y la palabra de los viernes retumbaba en Las Cruces, la Calle 10, la Carrera Octava, los cafés, los tranvías, la Plaza de Bolívar, la Calle Real y en la Avenida Jimenez los señores sentían el látigo del odio en las miradas y las voces de loteros y limpiabotas.

El 9 de Abril de 1948 aquel mundo de bataholas y deleite ardió como Londres en La batalla de Inglaterra. Por todas partes cientos de miles de hombres, mujeres y niños descendieron hasta el corazón de Colombia para vengar la muerte de su líder rompiendo los inmensos espejos de los grandes hoteles, las rutilantes arañas de las lámparas, las cortinas de raso y las cajas de champán y llevar esos despojos hasta sus pobres casas y barrios periféricos. Con las banderas rojas y los machetes en alto todo cayó a su paso, todo fue saqueado, todo quedó oliendo a hierro y aguardiente, a piedra quemada mientras cientos de cadáveres se enfriaban de la vida bajo la persistente lluvia de la desdicha. *“Uno podía pasar muchas horas frente a la ventana en espera de que algo ocurriera pero nada era distinto a la lluvia. Pasados diez, veinte años —escribió García Márquez— el espectáculo podía seguir siendo el mismo.”*

Años de adolescencia oyendo a Elvis Presley, Paul Anka, Los Brincos, César Costa o Rocío Durcal, bailando twist, watusi, hula-hula, de vaqueros italianos y camisas de El Romano, cayendo por El Cisne al levante de una chica liberada entre luchadores de plaza como King Kong y El Exótico, teatreros, novilleros de alquiler, titiriteros y suicidas del puente de la 26.

A medida que Ignacio Escobar alcanzaba la mayoría de edad la ciudad se hizo amenazante y enorme, con dos millones de

habitantes y un ejército de guaruras cuidando una clase insaciable de lucro, legiones de guerrilleros y paramilitares secuestrando y matando y cientos de miles de marginales dando quites de corrida de toros al hambre y la miseria. Asaltantes de bancos, burreros, cantantes, carteristas, colilleros, expendedores de manzanas, duraznos y uvas, falsificadores de esmeraldas y dólares, hampones, jíbaros, ladrones de bombillas, leprosos, libreros de revistas usadas, limosneros de pro, limpiavidrios, timadores, locas, locos, loteros, marchantes de botellas y periódicos, medidores del tiempo de los buses, putas, rebuscadores en canecas de basuras, reductores de monturas de ojos y relojes, revendedores de boletos de cine y teatro, tapas de alcantarillas, teléfonos públicos, travestis, vagos de alcurnia y zorreros, eran los nuevos habitantes del mundo.

Entre los varios documentos descubiertos por Montolla, luego que La Biblioteca de La Candelaria rescatara, mediante compra, algunos de los papeles que el sustanciador “Trilce” Martínez vendiera a un librero de viejo en Barcelona, hay una espaciosa carta que el bogotano escribió a Corey Shouse, un periodista que parece haber colaborado con James Austin, autor de la convulsa *A Limping Anthology: Colombian Poetry of the National Front*. Hoy es la pieza fundamental para comprender las ideas que Escobar Urdaneta de Brigard tenía sobre la poesía.

“Entonces, con la ayuda de Juan de la Cruz tuve la idea —dice Escobar a Shouse— de retorcer la espiral narrativa al huso del poema ensayístico. Al cual di la forma ritual de la lidia de un toro, pues si a aquel atañe una vida de hombre, a este, toca la misma suerte de un toro en un coso: desde que sale al ruedo rehuyendo los capotes, hasta la muerte inevitable. Y entre tanto los tercios de la lidia, las intervenciones del matador, de la cuadrilla de picadores y banderilleros y del presidente de la corrida, los que barren

la arena del ruedo, los monosabios que empujan los caballos y los espontáneos que caen sobre el ruedo cuando nadie los llama y, naturalmente, el público.”

Sus intereses teóricos fueron de carácter sedicioso si aceptamos que confiaba en el Tao y las postulaciones oraculares del I Ching pues el arte sería consecuencia de los avatares de la existencia, como sugiere Titus Lucretius Carus en su epicúreo *De rerum natura*, al invitar, como Buda, a desatender los deseos y las pasiones pues son pozo de las desdichas individuales y colectivas para librarnos del miedo a la muerte, sacando en limpio el destino, huyendo para encontrarnos, pues estar vivo, nuestro mal, es sin remedio, como habría dicho Juan de la Cruz a Teresa de Jesús.

*Porque se pierde siempre
[porque siempre
vendrá la muerte, iremos a la muerte]...*

Pero quizás la más notable de sus afirmaciones, incluidas también a lo largo del *Cuaderno de hacer cuentas*, es que nunca leyó en Walter Benjamín, una de las supersticiones teóricas de finales del siglo, sobre el cual escribieron varios tratados sus contemporáneos, retraídos germanistas del páramo como RH Negativo, Igitur Cano y Exterior Serrano.

De lo cual podemos deducir que para Escobar la literatura fue, en últimas, divertimento y formalismo, así en el extenso poema que le dio gloria se debata si la poesía debe servir para algo o alguien distinto a sí misma; si debe ser gratuita o mercenaria; si debe hacer prácticas cívicas o militares o ser mero adorno, bisutería de la vida cotidiana. Poblándose de tantos

acontecimientos como para que el poema acabe siendo “comprendido” de tantas maneras como actores e intérpretes tiene antes y luego de la muerte del hacedor. Alonso Quijano, Escobar es víctima de su propio invento. La poesía, corrida de toros, le lleva a la muerte por querer hacer de ella instrumento de trapicheo de una realidad que es imposible mudar: las cosas se parecen a las cosas, repite la matraca de su canto, cuyo principio es la voluntad shopenhariana y cuyo fin es el sartriano compromiso social, porque la realidad, que es la indiscutible ficción, nos empuja, en sus ofuscaciones, al cambio de lo concreto en el momento preciso, como quiere el chairman Mao Zedong, leído por Escobar en *El libro rojo*:

“Estamos haciendo una guerra revolucionaria que se despliega en China. Por tanto debemos estudiar las leyes habituales de la guerra, las leyes concretas de la insurrección y las aún más definidas de la guerra revolucionaria en China.”

Escobar parece entonces recordar el poema del vicepresidente Ye Chieng-ying, cuando *“Aplicando el marxismo leninismo pensamiento Mao Zedong, examinó la situación del mundo y rebo-sante de espíritu revolucionario escribió su poema --anti revisionista-- Contemplando desde la lejanía de los tiempos:”*

*El tiempo pasa y el pueblo que sufre
añora su veterano y memorable líder
que murió hace ya mucho tiempo.
La bandera roja desaparece de la tierra
y se aleja de ella
cuando los zamuros vuelan en el cielo
como si fueran ocas que vuelven a casa.*

*Al fondo de la historia
hombres y mujeres con arcos y flechas
luchan contra el terrible tigre
y entre las palmeras y con puñales en mano
los hombres darán muerte al dragón.
Como Liu Piao y su amado hijo,
quienes controlan la tierra son cerdos y perros.
¿Cómo derrotar al enemigo y cambiar la situación?*

Es a partir de estas tesis que Escobar Urdaneta de Brigard compone *La Bogoteida*, anuncio de su gran poema:

*Ciudad hecha de sangre derramada
que al septentrión devora la pradera;
ciudad de sangre, en sangre amortajada;
ciudad que arroja sangre y sangre encierra;
ciudad ensangrentada y desangrada
en sórdida, secreta, sorda guerra:
al Sur o Meridión, la plebe hambreada
de todos los malditos de la tierra;
al Norte o Septentrión, la oligarquía
rodeada de guardianes noche y día.
No cantaré del Norte las bellezas
pues la belleza injusta es vil patraña:
el lujo, la opulencia, la riqueza,
pueden cegar, pero jamás engañan.
Voy a cantar el Sur y su pobreza,
sus trucos, y sus artes, y sus mañas:
el Sur de los sufridos bogotanos
que tienen muchos pies y muchas manos.*

*Ranchos de cañas y cartón (techos de encaje
que dejan colar el agua, el sol cuando hace sol, el viento).
Que permiten
(en el hacinamiento)
apenas las delicias pasajeras del arrejuntamiento
- y después, claro, un hijo más.
Allá no llegan las rosas
ni el oro (o sea la plata) que sirve para comprar las rosas:
el oro, cerrado prodigio (es decir, ajeno)
(como todo lo bueno)
cuyo producto (el de las rosas: pues las rosas se venden)
sirve a los ricos para pagar una amenaza:
celadores y policías
(brazos armados de la burguesía),
perros guardianes, hombres con escopetas y collares de púas,
para desalojar a los pobres que han hecho su rancho en tierra
ajena, obviamente
(como toda la tierra).
Las delicias de la vida son suyas, allá, al norte.
Y saber desde el sur que todo eso existe es un suplicio:
el suplicio de Tántalo.
Por todo eso, guerra
por la tierra
ajena
(buena, que pone fin a nuestra pena)*

Escobar Urdaneta de Brigard fue asesinado, luego de un despreciable robo a su apartamento y días después de las elecciones del 19 de Abril, a la salida de una corrida de toros en Zipaquirá, por un miembro de las fuerzas secretas del régimen,

el coronel Aureliano Buendía, acusado de haber participado en el secuestro de uno de sus tíos, el banquero, criador de vacas Holstein y ex ministro, Foción Escobar Urdaneta de Brigard.

Cuatro lustros antes, Alfonsito López Michelsen había publicado en México un verosímil retrato sobre su clase social. Ignacio Escobar dejaba ahora en su desolado piso de Chapinero un abigarrado y grasiento manuscrito de casi mil folios donde representaba sus afugias sentimentales e ideológicas al tratar de componer un poema que concluiría un par de días antes de su fallecimiento.

Ya para entonces y como ha demostrado Daniel Balderston en su estudio comparado de las vidas de Ignacio Escobar Urdaneta e Iliá Illich Oblómov ¹tanto el bogotano como el ruso sufren el mal de los intelectuales del siglo de las revoluciones: una suerte de spleen o desánimo, inconexo y fantasmal que les impide relacionarse con el mundo de los otros, la cargante realidad del día a día, padeciendo una discontinua y vana lucidez sicotrópica que abandona a todos los que pudieron amar y comprenderle, porque su narciso, como debe ser, sólo concibe la gloria en el arte, en la construcción del poema, estatua de la posteridad, tanto que antes de morir le importa un bledo le roben, no tenga donde dormir, no pueda afeitarse, ni lavarse los dientes, ni tomar café; una desolación, atributo de ese desencanto elegido para llegar al nirvana del poema, donde nada más atañe, menos saber que la vida es un pozo de mierda asediado por los otros, nuestros habituales enemigos.

Ignacio Escobar creó el concepto *Generación Desencantada* para aplicarlo a una caterva de sus contemporáneos hastiados

¹ *From Stepanchikovo to Chapinero: Souls & Poetry, Abulia & Oppression, Politics & Sex; Viking Press, Reikiavik, 1991*

de la garrulería de los prosélitos del Beato Arango Arias¹, desertores de acreditados centros pedagógicos como La Ladera, La Picota y La Modelo.

Escobar es el arquetipo de esos individuos que, -- atrapados en las doctrinas del Frente Nacional que al erradicar la historia borrando la memoria colectiva, sumieron la nación en una pesadilla de corrupción y guerras de exterminio,-- empujando a vastos sectores de la inteligencia en brazos de unas sectas, denominadas partidos de izquierda, donde sólo encontraron hembras, machos y desolación como compensación al rechazo de los ritos de sus familias burguesas y la impotencia que agravaba sus neurosis. Escobar, como sus compañeros de viaje², es un escéptico que no puede compartir unos valores que no siente suyos, ni puede, ni quiere, romper con las commodities que le deparan ser un rico protegido por una clase simbiótica y posesiva que sobrevive "en las fechas precisas de sus muertes, en los precios exactos de sus tierras".

No hay duda que *Cuaderno de hacer cuentas*, es uno de los grandes textos de la poesía llamada colombiana. Confeccionado a partir de las tesis de Arthur Schopenhauer: "*No se conoce sino la propia voluntad, toda vida es esencialmente sufrimiento*", hasta nuestros días fue leído e interpretado de variadas y erráticas maneras, porque no había llegado el tiempo de su correcta elucidación, que tampoco nosotros ofreceremos. No olvidemos que el propio Escobar lo concibió como un poema de compromiso y creyó haberlo concluido como un lamento filosófico;

¹ José Mario y Martica Alfayate, Elmo Valencia, Gilberto Rodríguez, Darío Lemus, Eduardo Escobar, Helmer Herrera, Juan Manuel Roca, Festival Rendón, etc. Véase *Diario Betancur*: Pandillas, atracos, prostitución masculina, tráfico de estupefacientes y dinero público en la poesía colombiana durante el Frente Nacional: treinta años de ruina cultural y moral, Bogotá, 2008.

² Giovanni Quessep, José Manuel Arango, Elkin Restrepo, Raúl Gómez Jattin, Harold Alvarado Tenorio, María Mercedes Carranza y Juan Gustavo Cobo Borda. Véase *Una generación desencantada*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1986.

que quienes le escucharon declamarlo en la Avenida 19 lo interpretaron como una opinión sobre la situación electoral de entonces y que el Coronel Aureliano Buendía, por la televisión, la noche que anunciaba la liquidación del terrorista Escobar lo presentó como un documento subversivo, en verso, pero cuyas claves eran consignas para una insurrección armada contra el gobierno de Misael Pastrana Borrero.

*Las cosas son iguales a las cosas.
Aquello que no puede ser dicho, hay que callarlo.*

“Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard era un perezoso que oía día y noche a Richi Ray”, escribió en *La Palma Africana*, el día de su sepelio en el Cementerio Central, el sofista Andrés Hoyos, uno de sus peores amigos.

Nava de la Asunción
Abril del 2009.

IGNACIO ESCOBAR
URDANETA DE BRIGARD

**Soneto desde adentro hacia afuera,
aunque desde lejos**

*(Lo cual crea un incómodo malentendido,
fruto de una desagradable equivocación).*

Ya no tengo tu amor. Ni tengo llave
que sirva para abrirme su candado.
Que le abra el ojo de tu amor cegado
al mío, que quiere entrar, y que no sabe.

Quiere entrar, pues mi amor en mí no cabe
como yo ya no quepo en tu cuidado.
De qué me sirve estar enamorado
Si de tu amor no tengo ya la clave.

No hay llave ni hay amor. Pero sí puedo
tratar de abrirme paso con el dedo
para no estar ya más aprisionado.

Y por eso no cedo.
Por eso en ti me quedo:
encerrado en tu amor, que está cerrado.

A una que se echó novio

La doble niña del perfil callado
Que ayer peinaba así y hoy peina asá
Sin que cambien sus ojos, a mi lado
No está, no está.

La pura niña – el seno perfilado
El culo suave, el corazón infiel -
La bella niña que me había mirado
Se va, se va.

La lleva un novio: que los novios pasen.
La cela un novio: pobrecito d'él.
Pasen los novios y se desenlacen

Piérdanse lejos, en el más allá,
Mientras la niña cambia de peinado
Conmigo, acá.

(Hallado entre los papeles decomisados a Ignacio Escobedo Alvarado, alias "Brigard", pocos días antes de que fuera dado de baja en combate con las fuerzas del orden. Parece referirse a la preparación de un atentado terrorista).

IGNACIO ESCOBAR URDANETA DE BRIGARD SE INTOXICA DE SALSA

Hernán Toro



Hernán Toro, Ignacio Escobar, Richie Ray & Bobby Cruz en El Metropol, 1968.

Foto de Lalo Borja.

Quizás lo ocurrido la noche de aquel 24 de Diciembre de 1968 quede sin explicación. Un día antes El Pecas, propietario de Metropol, nos había invitado a presentarnos en el bar al filo de las 9 de la noche. Se trataba de una sorpresa, dijo, eludiendo de entrada las preguntas y no adelantó ninguna otra causa (que nadie creyó) a que quería congraciarse con quienes todo ese año habíamos bebido en su establecimiento. La fecha lo ameritaba. Por algo tres o cuatro veces por semana llegábamos al Metropol a eso de las 7 y permanecíamos allí hasta las 3 ó 4 de la mañana

libando en un delirio sin orillas, bailando pachanga y salsa con las orquestas del Spanish Harlem que estaban en plena florecencia, o la música de los viejos soneros cubanos, inacabables.

El Metropol era un desván de truhanes con una barra detrás de la cual actuaba un barman, el equipo de sonido y los discos de acetato, con un lavatorio en un rincón y un diminuto retrete para todos los sexos. Las paredes recubiertas con delgadas tablillas de madera amortiguaban el estruendo del sonido y el cielo del techo retumbaba de azul de metileno. Era una caverna. Numerosas cubiertas de discos de las orquestas de salsa ilustraban las paredes y sobre el mostrador, dos saxofones de cartón piedra y el rótulo del bar, con una E perdida para siempre que hacía compañía a un inmenso Che Guevara de Korda. En todo el centro, la pista para bailar.

Abusando de nuestra familiaridad con El Pecas, Tomás Quintero, poeta y viejo habitante de las noches y yo, que para entonces no me quedaba nunca atrás, solicitamos nos permitiera invitar dos amigos. Aceptó con cierta reserva: no quería mucha gente, es algo especial, lo hago por ustedes, porque son mis amigos. Se trataba de Alberto Rodríguez, El Nadaísta de Cartago, y de otro poeta que apenas conocíamos, un tal Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard, [vaya nombrecito], de visita en Cali, aficionado a las corridas de toros y que por esas cosas del destino había ido a parar a casa de Rodríguez, cerca del Teatro Municipal, y cuya "felicidad" nos había encomendado el abatido cantor de ¿Dónde estás Anadiómena triste? Una felicidad que no era cosa distinta a la rumba, el alcohol, la música y la danza de aquellos tiempos de cielos y estrellas de artificio.

A pesar del fastidio que Tomás y yo sentíamos por los bogotanos que bajaban hasta el valle en busca de placeres hispánicos, paseos ecuestres y mulatas de oro y que tampoco terminábamos

por entender como un poeta podía llevar a cuestras semejante nombre de pergenio aristocrático, al caer de la tarde de ese 24 de Diciembre nos citamos en Tropicana, el único drive-in del barrio San Fernando, reino que se disputaban a muerte El Joven Marx y el bugueño Alvarado Tenorio, quien vivía a unas cuadras del lugar, en casa de una de las hijas de Ricardo Nieto rodeado de ocho perritas Bichón-Maltes y una portentosa negra que les atendía a ellas y al vate de la Ciudad Señora. A Rodríguez Cifuentes le conocía desde hacía algún tiempo, de nuestros encuentros con Umberto Valverde y Ramiro Madrid en una cantina cercana a la Universidad Libre, donde el poeta y dandi homosexual Javier Arias Ramírez suspiraba de amor por los jovencitos y Carlos Mayolo, Hernando Guerrero, Miguel González y una india cotacache se disponían a fundar Ciudad Solar. Alberto sorprendía por su insuperable timidez y ese silencio detrás del cual se amurallaba como si persiguiera peces bajo el agua. Caminaba con Una temporada en el infierno bajo el brazo, vestido con un atuendo que entraba en contradicción flagrante con el verano canicular de la ciudad, chupando de una pipa anacrónica que colgaba apagada de sus labios. El otro, con acento del altiplano, pedante y arrogante, llevaba esos días bajo el brazo una edición bilingüe de los Cantos de Maldoror de Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont, montevideano.

Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard era la peste. Levitaba con lascivia mirando las muchachas forradas en vaqueros, se abstraía en el color del café, quedaba lelo viendo los pájaros en las ramas de los árboles. Era evidente que le molestaba el bochorno de Diciembre, apenas mitigado por la brisa que baja de Los Farallones. De vez en cuando sacaba un marcador de páginas de su libro y garrapateaba dos o tres cosas impidiendo ostensiblemente que rastreáramos lo que escribía. El puerto de

amarre de la conversación fue Lautréamont. Pero nada exultante, uno que otro poema leído resaltando aciertos y errores de la traducción reseñados por Escobar, que enfatizaba había vivido en París, “a comienzos del año, cuando la rebelión de los estudiantes universitarios”, y acaso la constatación de ciertos gustos particulares por la poesía, que en el caso de Tomás era Lorca; de Alberto, Rilke; de Ignacio, Rimbaud y para mi, Vladímir Mayakovski.

Llegamos al bar a eso de las ocho. Habíamos caminado desde Tropicana, calle Quinta arriba y aun cuando no teníamos ganas de hablar, por cortesía intentamos una charla sobre política del momento, pero El Nadaísta de Cartago entró en un momento depresivo y Escobar, con un gesto y una frase de desprecio truncó todo posible desarrollo del tema: “La política es una mierda, ojalá todo explotara de repente” dijo, poniendo más interés en el color de las casas, el diseño de las fachadas, los nombres de los buses, el balanceo de las palmas con el viento. Tomás y yo nos miramos con resignación. En el bar apenas habría cinco personas. Pero El Pecas estaba inquieto, consultaba las horas, salía a la calle, dabas vistazos. No parecía importarle quienes eran nuestros compañeros de noche y se limitó a desearnos una velada. Tomás pidió una botella de ron, coca cola fría, limón y hielo. Mientras tanto Escobar miraba los vasos despuntados, la etiqueta del ron y luego de limpiar los bordes del cristal con su pañuelo, terminó sirviéndose solo coca cola y hielo. Alberto Rodríguez parecía, en cambio, haber llegado a un paraíso: hacía casi un día no había probado el alcohol y el que fuera gratis era otra buena razón para dedicarse con ahínco a su otra pasión favorita junto con la poesía. La visión de la botella fue un bálsamo fulminante contra la depresión, recuperando esa risita maliciosa que lo hacía tan parecido a Roberto

Ledesma. Las trompetas de la Sonora, que cruzaban el aire, parecían incomodar a Escobar, pero, tolerante y comprensivo por primera vez en la noche, aceptó lo que ocurría como una revelación inesperada. Poco a poco los invitados de El Pecas fueron llegando, mientras cruzábamos saludos de reconocimiento y de complicidad al considerar un privilegio ser parte de tan selecto grupo de bohemios menores de veinticinco años.

De pronto la noche comenzó a marchar con ritmo propio. Alberto emprendió con de Brigard una de esas conversaciones que se sostienen a gritos en la boca de la oreja. Tomás y yo, más del lado de la música, nos dejábamos llevar en el oleaje de las voces o en la melodía, contentos de que El Nadaísta se hiciera cargo del petardo del altiplano. Como un anuncio que la vida iba a depararnos, una y otra vez sonaban Richie Ray y Bobby Cruz. No había muchas mujeres porque para El Pecas una hembra no podía hacer parte de sus “distinguidos clientes”; pero igual, con las pocas que había, la fiesta había comenzado. Tomás y yo invitamos a bailar a Esmeralda y Ofelia, y otra, que dijo llamarse Amparo Ramos, sacó a Ignacio casi que manu militari. Escobar Urdaneta de Brigard no sabía bailar: tenía los pies atados a la tierra y si intentaba un pase fulero, todo le salía al revés. ¡Una catástrofe!

Aun cuando habíamos preguntado a El Pecas cual era la sorpresa de la noche, se negaba a respondernos, pedía paciencia y salía a mirar al filo de la puerta la boca de la noche. De repente hubo un gran desorden en la entrada: unos hombres corpulentos irrumpieron mirando con desconfianza el lugar y tras ellos fueron entrando otros, más bien menudos, que nadie reconocía. Que nadie conocía hasta que, increíble, aparecieron dos enceguecidos por el resplandor reconocimos: Richie Ray y Bobby Cruz, los boricuas cuyas canciones habíamos co-

reado y bailado hasta el amanecer a lo largo de muchos de esos meses del fin de nuestra adolescencia. Todos nos quedamos ab-sortos. El Pecas, que fungía como maestre-sala, hizo apagar el equipo, ordenó luces altas y con voz entrecortada y al borde de las lágrimas se declaró agradecido porque aceptaran venir a este modesto templo de la música antillana, su casa de hoy en adelante. Los músicos de la orquesta y se sentaron en una mesa central improvisada uniendo varias para que cupieran todos los invitados de “la isla del encanto”, como llamaba El Pecas a Puerto Rico.

--¿Ala, quienes son ellos?— preguntó Escobar cierta repug-nancia, dirigiéndome la palabra por primera vez en la noche. Yo lo miré con desprecio, mientras los músicos improvisaban una presentación inesperada y conversaban a gritos con los parro-quianos dioses de verdad verdad, *pa qué, ah, y vos sos Cándido, no, chico, es Candido, no Cándido, los timbales, y usted Mister Trumpet Man, sí, cómo hace para mantener tan largo ese solo de trompeta, bueno, chico, es una cuestión de técnica, ajá Richie, ¿y vos estudiaste piano en un conservatorio?, y si no cómo tu crees que se puede tocar el piano, te tomás un aguardiente, no, gracias, ¿no hay whisky aquí?, no, sólo ron, ¿y piensan volver a Cali?, mira, chico, apenas estamos llegando por primera vez, déjanos llegar, qué opinan de la Sonora Matancera, ¿de quién?, la Sonora, ah, sí, la Sonora, ¿González? Sí, la trompeta, al lado de Mister Trumpet, ¿quiénes son esos hombres, ala?, la voz se educa, la coloratura, ¿la qué? Fonseca está bien, huye Fonseca, huye Fonseca, ja ja ja, sí, huye Fonseca, Pancho Cristal le llaman, Pancho Cristal le dicen, Bobby, en realidad Roberto pero tú sabes, chico, en Nuevayol si tu eres Roberto eres Bobby, como Ricardo, Richie, pues sí, es verdad, hay que encontrar la forma de ser siempre diferente si no estás en na, Puerto Rico es nuestra vida, sí, aunque vivamos en Nuevayol, naa,*

no de Colombia naa, apenas vamos a conocerla, ¿quiénes son esos hombres, ala?, vete a la mierda, de Brigard, déjame tranquilo, hasta el primero, de aquí a Nuevayol directo, y de repente, Lalo Borja, que acaba de ingresar al bar, sacó una vieja Miopta que había pertenecido al rumano George Brassäi y en cosa de minutos hubo fotos con todo el mundo, absolutamente inconscientes de que un cosmos paralelo e inesperado se estaba desbordando por una fisura de algo que decimos fue la realidad y no el nirvana.

Richie Ray se sentó entonces en nuestra mesa, preguntó qué hacíamos, poetas, dijimos, *no puede ser, a lo mejor you can write some lyrics, ¿ah?, ¿y han publicado? algo, sí, bueno, son jóvenes, como nosotros*, y alguien recordó que era hora de partir a la Caseta Panamericana y dijo que por qué no íbamos con ellos, me daría mucho gusto, poetas no se encuentran todos los días, y en efecto, eso hicimos, y terminamos entrando en el reino del señor pues para los fanáticos del cuerpo y de la danza todos los que íbamos allí éramos dioses de carne y hueso, alabados en las plegarias de los aplausos que dispensaban al paso del cortejo y en las fugaces oraciones declarativas de admiración ilímite.

Por habernos sentado en el área de las orquestas, la gente de la Caseta Panamericana creía que hacíamos parte de la orquesta, nos pedían autógrafos, nos preguntaban los nombres de los instrumentos. Tomás, que se divertía con la impostura y ponía tras su firma “Trumpets” y yo, a la mía, “Drums”. Alberto Rodríguez, reservado y saturnino, había comenzado a incomodarse con tanta gente en torno suyo mientras Escobar Urdaneta de Brigard parecía divertirse, aunque, claro, sin llegar a firmar autógrafos. En cierto momento que miró a los músicos trazó con sus labios una leve sonrisa pendular que permaneció cosida a su rostro. “Ustedes saben”, dijo, con un arrobamiento abrupto e incomprensible, “esto, cómo decirlo” (vacilaba, las palabras

fallecían antes de asumir la confesión) “en Bogotá, claro, también, con la orquesta de la Jupa, sí, ¿han oído hablar de Nahuel Moreno?, bueno, las fiestas en Bogotá son tan distintas”.

Cuando Cali admira una orquesta de salsa quienes asisten a sus conciertos no bailan, permanecen frente a la tribuna, se canta, hace coro, rechifla, grita, reclaman canciones. Aquella vez no fue excepción. Centenares de adictos a Richie Ray y Bobby Cruz se aglomeraron ante el escenario, como nosotros, incluso Escobar, ya atrapado por el espectáculo, menos *El Nadaísta de Cartago*, preso de otra repentina depresión que le inducía a buscar afanosamente a su madre y regresar a ella.

Lo que vino después fue inefable. Si la presentación de la orquesta de los newyoricans fue excepcional, gracias además a la campaña que la prensa de las derechas provincianas había desatado contra ellos, denigrando de los salseros en defensa de la [¿?] música colombiana [Sic], la metamorfosis de Escobar Urdaneta de Brigard fue sorprendente e imprevista.

Tan pronto como *El embajador del piano* comenzó a demostrar sus habilidades aprehendidas en la Julliard School con una variedad de boogaloo, guaguancó, son montuno, pachanga, charanga, plena, bomba y salsa, donde los virtuosismos del cencerro, la clave, las congas, el cuatro, el güiro, las maracas, la guitarra, el bajo y los timbales hacía que las descargas se transformaran en una suerte de catarsis nunca sentidas. Fue entonces cuando vimos que Ignacio ingresaba en un viaje a un infinito hasta entonces para él desconocido: la gloria que depara a las almas de los pueblos la música verdadera, el gran arte, que como la poesía que había conocido leyendo en Rimbaud, ahora eran cuerpo y alma de la mano de esos músicos que hacía poco para él eran menos que nadie o nada. La potencia de los instrumentos, su capacidad para armonizar con variedad de

voces, el brillo incandescente del conjunto, todo debió haber incidido en la súbita mutación de Escobar.

Terminado los fuegos pirotécnicos de la orquesta regresamos a nuestras mesas agobiados por la mística experiencia. De repente nos dimos cuenta que *El Nadaísta de Cartago* había desaparecido y que Escobar miraba a ninguna parte, colocado en el otro lado de las cosas hasta ese momento cuando, de regreso del túnel infinito de la luz y el placer nos miró y dijo chirriando las erres:

--Interesante, no, ala, interesante...

Hoy, treinta y cinco años después de su atroz asesinato sabemos que desde esa visita a Cali en aquel Diciembre de 1968, cuando había venido a ver en Cañaveralejo a Paco Camino, a Manuel Benítez y El Viti, al encontrarse con el comentarista de toros Guillermo Rodríguez y este le hablara de los salseros, dio con nosotros, que le llevamos a la Caseta Panamericana, de donde salió tan intoxicado, que al morir, encontraron en su destartalado apartamento de Chapinero una vieja grabadora alemana donde tenía tres mil pies de descargas de aquella música indestructible que supo darnos el más grande alivio para vivir el resto de nuestras vidas.

FRANCISCO URONDO

Argentina

es este un país en el cual se fornicia a toda hora
en la hora de la serenidad y en la del peligro
se fornicia con esposas propias y ajenas
con parientes
en grupos de toda edad
hombres entre sí mujeres entre ellas
fornican como pueden en este país
en este país se fornicia sin alegría
no se ama como uno quisiera
en este país estamos muy tristes
nos ha ocurrido una desgracia
y ahora no hay sosiego en el corazón desorientado
y se tiene miedo
y todos quisieran abandonarse
y claman por una tregua
y no pueden amar como soñaron
ni reconocer que otros vendrán
sin nuestro señorío sin nuestra incapacidad

Bar "La Calesita"

Es el fondo de un bar. Es un lugar parecido a una cueva donde uno se sienta, bebe y ve pasar a hombres enrarecidos por distintos problemas. Es una gran linterna mágica.

Es una gruta retirada del mundo que cobija a sus criaturas. Uno se siente allí ferozmente feliz.

Acaba de aparecer el primer hombre, apenas ha aprendido a caminar, aún no sabe defenderse.

El hombre sonrío y llora y sigue la fiesta.

Milonga del marginado paranoico

Parece mentira
que haya llegado a tener
la culpa de todo lo que ocurre
en el mundo; pero es así. Han tratado
de disuadirme psicólogos y sociólogos de mi tiempo,
me han dado razones de peso técnico largamente
formuladas y
parcialmente ciertas. Pero
yo sé que soy culpable de los dolores
que aquí siento y recorren el mundo; de las soledades
que lo van vaciando: quisiera saltar
como Juan L. Ortiz, vociferar
como Oliverio Girondo, pero: primero, ellos me ganaron
de mano; segundo, no me sale bien y aquí
empieza todo nuevamente: otro sufrimiento
igual a diapasones y recursos
que conozco perfectamente y que no vale la pena
repetir: primero, para no emularlos; segundo, porque
tendré que ir
reconociendo que no he sabido
hacerme entender. Y esto es agudo como un ataque
que nos traga la lengua; pido entonces disculpas
por la mala impresión, por las exageraciones.

No puedo quejarme

Estoy con pocos amigos y los que hay
suelen estar lejos y me ha quedado
un regusto que tengo al alcance de la mano
como un arma de fuego. La usaré para nobles
empresas: derrotar al enemigo— salud
y suerte—, hablar humildemente
de estas posibilidades amenazantes.

Espero que el rencor no intercepte
el perdón, el aire
lejano de los afectos que preciso: que el rigor
no se convierta en el vidrio de los muertos; tengo
curiosidad por saber qué cosas dirán de mí; después
de mi muerte; cuáles serán tus versiones del amor, de estas
afinidades tan desencontradas,
porque mis amigos suelen ser como las señales
de mi vida, una suerte trágica, dándome
todo lo que no está. Prematuramente, con un pie
en cada labio de esta grieta que se abre
a los pies de mi gloria: saludo a todos, me tapo
la nariz y me dejo tragar por el abismo.

VÍCTOR VALERA MORA

Comienzo

La lucha de clases. Los grandes monopolios imperialistas.
Los malditos muñones de la generación del 28
que tanto daño nos han hecho.
El policía del parque, los enamorados están
en la posibilidad de iniciar el terrorismo.
El recuerdo desde la llanura, el caballo
llorando sangre recomenzada. Triste cuestión.
Este asunto de llevar una guitarra bajo el brazo.
La libertad de morirse de hambre doblemente.
Aquiles el escudero de la ternura
últimamente se ha dado muy duro en el alma.
Esto nos obliga a hablar
el más terrible de los lenguajes.
Hacer de la poesía un fusil airado, implacable
hasta la hermosura.
No hay otra alternativa,
la caída de un combatiente popular
es más dolorosa que el derrumbamiento
de todas las imágenes.
Cuando el pueblo tome el poder, veremos qué hacer,
mientras tanto sigamos en lo nuestro.

Nuestro oficio

Por este empecinamiento del corazón en hacerse horizonte
por completo: nosotros, que hemos participado
en los grandes acontecimientos históricos,
que hemos ayudado en lo construido
aún con un poco de tristeza,
digamos, casi mucha.
Guardamos toda nuestra radiante alegría
para lo que construiremos cuando el pueblo llegue.
Podemos caer abatidos
por las balas más crueles
y siempre tenemos sucesor:
el niño que estremece las hambres consteladas
agitando feroz su primer verso.
O el otro, el de la disyuntiva,
que no sabe si hacerse flechero de nubes
o escudero del viento.
Jamás la canción tuvo punto final.
Siempre deja una brecha, una rendija,
algo así, como un hilito que sale,
donde el poema venidero pueda
ir halando, ir halando, ir halando,
halando hasta el mañana.
Nosotros los poetas del pueblo,
cantamos por mil años y más...

Amanecí de bala

Amanecí de bala
amanecí bien magníficamente bien todo arisco
hoy no cambio un segundo de mi vida por una bandera roja
mi vida toda la cambiaría por la cabellera de esa mujer
alta y rubia cuando vaya a la Facultad de Farmacia se lo diré
seguro que se lo diré asunto mío amanecer así
esta mañana cuando abrí las puertas con la primera ráfaga
alborotando tumbando todo entraron a mis pulmones
los otros poetas de la Pandilla de Lautréamont
grandes señores tolerados a duras penas por sus mujeres
al más frenético le pregunto por su libro vagancia city
como me gusta complicar a mis amigos los vivo nombrando
el diablo no me llevará a mí solo
ella antiguamente se llamaba Frida y estaba residenciada en Baviera
en una casa de grandes rocas levantadas por su amante vikingo
sus locuras en el mar de los sargazos
hay sol hasta la madrugada y creo que jamás moriré
sin embargo deseo que este día me sobreviva
soy desmesurado o excesivo y no doy consejos a nadie
pero hoy veo más claro que nunca
y quiero que los demás participen
hermoso día me enalteces desenfrenada alegría
no tengo comercio con la muerte no le temo
llevo en la sangre la vida de cada día soy de este mundo

bueno como un niño implacable como un niño
guardo una fidelidad de hierro a los sueños de mi infancia
en este punto soy socrático él y yo elevamos volantines
restituimos la edad de oro el “qué habrá”
al final del arco suspendido
ahora mismo se está mudando un río
hoy una morena de belleza agresiva
me dijo pero si estás lindo
entonces yo le dije acaso no sucede cada
dos mil años pierdo el hilo
día de advenimiento de locos combates
de amor a altas temperaturas
desnudos nos hundimos en las agua del mismo río

Hasta cuándo

Hasta cuándo seguir gritando a esa gente
que el rey y la reina yacen bajo tierra
Hasta cuándo seguir gritando que no cedo en hipoteca mis sueños
Hasta cuándo seguir gritando que soy incorregible
Hasta cuándo seguir gritando que no reniego de mis actos
Hasta cuándo seguir gritando que nada de lo que tengo
está en venta ni quiero que ningún imbécil corte la sogá
Hasta cuándo seguir gritando que no
cumpla mis deberes en la tormenta
Hasta cuándo seguir gritando que no exijo futuro
Hasta cuándo seguir gritando a esta
gente que me son despreciables
Hasta cuando seguir gritando que estoy
con los que no tienen la razón
porque la tienen a mares llenos
Hasta cuándo seguir gritando que
jamás abandonaré mi capa de insurgente
Hasta cuándo si desde siempre
mis cartas están sobre la mesa

CAUPOLICÁN OVALLES

¿Duerme usted, señor presidente?

Si en vez de dormir
bailara tango con sus ministros y sus jefes de amor
nosotros podríamos oír de noche en noche su taconeo
de archiduque o duquesa.
Podríamos reír sólo de verle,
ridículo como es,
esperar los aplausos de toda la gendarmería
frenética.
Claro que uno está cansado
y quiere un poco de diversión
monstruosa,
como ésta
de verle
con la lira en el cuello
colgada,
como un romano
o como una romana
ciega de absurdas creencias geniales.
Si en vez de prometer
el descubrimiento de la piedra filosofal
que ha de producir pan y billetes de veinte
se dedicara, por lo soberbio que es,
a vender patatas podridas
o maíz rancio,

los indios de esta nación
le llamarían Cacique Ojo de Perla.

Si en vez de llorar
te murieses un día de estos,
como una puerca elegante con sus grasas
importadas del Norte,
nosotros,
que estamos cansados
de tanta estúpida confesión,
pondríamos a bailar las piedras
y los árboles darían frutos manufacturados.

Con tu vieja y putrefacta osamenta,
alimento de ratas,
llenaremos un solo lugar de esta tierra
y la llamaremos la Cueva Maldita
y será proscrita de ver y de acercarse a ella
por temor a despertar tus histéricas ternuras.

Te llaman
José el de los sueños, el de las vacas sagradas,
el dueño de las vacas más flacas y
Presidente de la "Sociedad Condal del Sueño".
Tus amigos te llaman Barbitúrico.

¿Hasta cuándo duerme usted, señor Presidente?
Si adora la vaca,
¡duerme!
Si al becerro adora,
¡duerme!
Y si el General le da su almuerzo,
duerme como una lirona
o le da una pataleta de sueño.

Cara de Barro,
Ojo para ver las Serpientes y llamarlas,
Ojo para hacer compañía y quemarte
con el humilde Kerosene,
Ojo para tenerse a mi servicio
como mozo de alcoba
barato.

¿Duerme usted, señor Presidente?
Le pregunto por ser joven apuesto
y no como usted, señor de la siesta.

Ojo de barro y Water de Urgencia.

[Fragmento]

ALBERTO RODRÍGUEZ CIFUENTES

Los días como rostros

Los días van pasando como rostros
o como islas que jamás soñamos
y somos los Ulises de odiseas
que nunca cesan de desesperarnos.
Lejos aún la arcilla del silencio
total en el que habremos de encontrarnos
consultamos en todos los relojes
la hora del amor y el desengaño,
Los días van pasando como puertos
sin luces que se acercan a alumbrarnos.
¿En dónde el faro azul que nos oriente
y la canción, el beso y el abrazo?
Amadas del ayer son brumas, sombras
cuyos nombres mejor es olvidarlos.
Solo nos queda el ibis de los vinos
picoteando el ardor de nuestros labios.

¿En dónde estás Anadiómena?

¿En dónde estás, Anadiómena triste,
en qué mar de corales asombrados
o entre qué teleósteos sin su sombra
se ha ocultado tu pálida ternura?
Pues cuando el tiempo parte la naranja
donde dormita el ámbar de los días -
tú cruzas por mi ser como algún ala
o un rumor de hojas secas en el viento.
¿Cuándo tu nombre, zumo entre mis labios,
endulzará de nuevo mis sentidos?
¿Y qué de las promesas que no fueron,
vencidas por clepsidras y fronteras?
¿En dónde estás, Anadiómena triste,
en dónde tu estatura sin ceniza?
He devastado un bosque de almanaques
esperando un Febrero de retornos.

Algo sobre la muerte

La muerte está fumando en mi aposento,
la muerte está zurciendo mi camisa,
la muerte está mareada de la risa
al verse despeinada por el viento.
La muerte viste su color violento
y se ajusta sus medias de ir a misa.
La muerte está esperándome sin prisa
con un reloj por único armamento.
La muerte vive aguándome mi vino
y hurgándome la paz del intestino
sentada sin permiso ante mi mesa.
La muerte se ha comido mi retrato,
le ha ganado ya seis vidas al gato
y a mí tres días de vida la tahuresa.

Retrato

Este hombre se llama Alberto,
ha podido llamarse Juan o Pedro
—son cosas del azar—.
Tan sólo siete letras tiradas
al basurero donde se desgasta
diariamente la materia.
De él dicen que ha cambiado
sus días, sus semanas y sus meses
por el dinero oscuro de los vicios,
que lleva mucha luna en el bolsillo delantero
del saco y entre la niquelera
el polvillo de algunas alboradas.
También se cuenta que ha besado
muchos labios, sin ser jamás besado
y que los agujeros de su correa solar
son los ojos por donde se le escapa la tristeza.
Dios se le extravió una tarde en una callejuela maloliente
y nunca ha vuelto a buscarlo.
Camina mucho, mucho, como un can y con su sexo alerta
y un cigarrillo a flor de labios y alguien le dice truhán
por su mirada lineal.
¿Pero ha pensado curarse de este mal?
Oh, sí, como su amigo el pobre Juan de Dios,
con las cápsulas de plomo de un fusil.

TOMÁS QUINTERO

Lázaro Osorio

Lázaro Osorio, amigo de barriada
con el duro San Nicolás de los 60
y que murió en lo suyo.

Pocos en verdad lo conocieron.
Pocos tal vez podrán contar su historia.
Joven y hermoso era.
Bacán de la milonga y las esquinas.
El barrio y el cuchillo hicieron su leyenda.
Terco y audaz, fue siempre con la muerte.
Una noche se encontraron
y los dos se sonrieron.

Allí comenzó el Vallano

Cuando el siglo moría de cansancio
entre la guerra llegaron los abuelos.
Bajaron cabalgando en mulas jóvenes
por la calle Real de sol y piedra.
Cargaban con baúles y negras milenarias
- que no esclavas sino parte de su propia historia –
Mi abuelo, su guitarra y su bigote
blanco, como ala de paloma, durmiéndose en el labio...
No quisieron el centro del poblado
de grandes casas con ruidos de charol en los zapatos
y perfume francés en las ventanas:
entre otras cosas porque el Alférez
y sus hijos azules y otras cosas
cerraron los zaguanes a su paso.
Gustaron más del sitio cerca al río y al llano
donde comenzaba el pueblo o terminaba.
Y allí comenzó el Vallano, el Barrio,
pila de aguas tranquilas
en una plaza verde.
Y comenzó la saga del adobe y la casa
del corredor y los geranios.

Arabat Kamal, el palestino

En casa te esperaban Arabat Kamal.
Madre había tendido el mantel blanco
y un vino dulce esperaba en la mesa.
Laila tiene lista la camisa
y soñando con tu cuerpo
canta y espera tu regreso.
Abdul, el viejo, fuma de su pipa
y desde la penumbra de sus ojos
piensa en ti,
todos te queremos Arabat Kamla,
todo te esperan.
Lo que nadie sabe
es que este amanecer del Sinaí
manos judías te han dado la muerte.

Amor

El amor comienza en el encuentro
y agoniza en la partida.
El resto no es más que juegos ilusorios,
fiebre y fantasía del sueño y del recuerdo.
Ya Homero, el vidente, lo ha explicado:
el llanto de Calipso en la remota isla,
la furia y el perdón de la ardorosa Circe,
los senos temblorosos de la joven Nausica
y el fiel trajinar de Penélope sobre el inagotable manto.
Palabra-mujer. Amor-palabra.
Lenguaje que las hizo y las deshizo.
¿O fue, tal vez, Ulises trashumante,
con su eterno deambular, con su partida?

IGNACIO ALVARADO

Plegaria al patrón del titubeo

Más que convicción, dame un bagaje de vacilaciones.
Ellas son mi báscula, mi tributario, mi marea.
Venga a nos el Feudo de lo Dudoso.
Conserva en vilo mis exactitudes,
imaginadas, difuntas y enterradas
en los aparatos de la dejadez. Transpórtame
por las sílices inestables,
sírreme un almuerzo con mollete de la capitulación,
dame a catar el termal de la afonía.
No hay dolos ni sablazos:
no soy MacRoll el Avivato
estoy lesionado y soy mi enfermero.
Sean las convicciones alcázares de nieve
a los que alguien sitia con efusión.
Amo de la vacilación, si vivieras,
atiende la jaculatoria del heterodoxo.

Los casamientos del fuego

A esta hora el país
desliza la jerga de sus afluentes
por arenales de sombra.
Yo lo escucho tarareando,
abriendo miles de agujeros
en los establecimientos,
en las poblaciones,
en las plantaciones.
Oigo a la varitera
meciendo la lluvia como si fuera un enano
en su canora azafate, cimbrando angarillas.
Oigo una patria que se hincha entre los juncos
y apegos vedados que se fugan
por las lumbreras de la confusión.
Va cayendo la noche en chamizos y malocas,
en las moradas de antiséptico junto al piélagos.
Si pretenden saberlo, lo único que no oigo
es la onda de los eclipsados,
sus horrendas merluzas con el decorador que sabemos
y el atabal del meollo midiendo sus sigilos.

Para Edgardo Dobry

Milonga de los perdidos

La soprano
se mete el micrófono a la boca
mientras la muerte le toma del pelo
apagándole los baffles.

Un boxeador negro
golpea un costal con arena
mientras la muerte
tira la toalla encima del cuadrilátero.

El panadero
saca el pandebono del horno
mientras la muerte se hornea a si misma.

Otra cantante
esta vez viejona
silva algodones
mientras la muerte les hecha yodo
y azul de metileno.

Si ustedes hubieran visto el guayabo que tenía ayer.
Yo vi la pelona tocando una trompeta
en el balconcito de mi apartamento
de cuarenta metros
de La Soledad.

LUIS MIGUEL MADRID

La mañosa

Ella sabe de fontanería, de ordenadores, traduce del latín,
lleva las cuentas...
pero utiliza los oficios como gancho corredizo.
Espera que te acostumbres para luego desquiciarte
retocando todo para que nada funcione.
Te avasalla con retrasos, roturas, errores y torpezas,
rematándote al final con una factura interminable.

Carmen Mari

Te prometo, Carmen Mari, que no te odio
ni guardo hacia ti rencor alguno.
De lo que pasara antes no me acuerdo,
Lo que me hicieras no dejó más huella
que tu insistencia en el perdón.
Créeme Carmen Juani, o como digas que te llames,
que no tienes culpa ni deuda que pagarme.
Si acaso, te pido encarecidamente
que trates de olvidarme, ya que a todos los efectos
hace apenas media hora que nos conocemos.

Dolencias

Me duele el pelo cuando pienso en ti,
cuando pienso en ti me duelen las plaquetas,
las anginas operadas en el 75 y los huecos
que tengo entre los dedos de los pies.
Son achaques entrañables que me alivian
de aquellas otras dolencias que sufría
cuando te conseguía olvidar

Kiki de Montparnasse

Apoyada a la pared, miraba pasar la gente
como quien mira pasar los años
acariciando un calendario.

Eran ojos del año 28 observando desde Montparnasse
los míos de este otro siglo en el centro de Madrid.

Era ella, Alice, la reinona de Man Ray
peinada a lo garçon, detenida en todo,
y moviendo nada para no ser reconocida.

Pero sus cejas eran, sus labios chatos,
la fiesta triste de su mirada.

Era la delicadeza ciega
de la autentica Kiki de Montparnasse
que llenaba de ojeras cada noche
aquel café de la rue Delambre.

La sobria

La Sobria ha vuelto a perder las composturas
y hasta el equilibrio en un arranque
de torpe indecisión.

Es un pellejo de desguace esta muchacha
de cincuenta años: ya se tuerce al caminar,
busca en la basura sus amantes
y se duerme en el retrete,
Afortunadamente, aun sabe orientarse
y llega a casa a tientas
consultando el resplandor del vino blanco.

MARÍA CORONADO

Algo cruje fastidioso

Algo cruje fastidioso
cuando abro la caja de ojos
que tengo de mi recamara.
Es el tiempo estrangulado
por los siglos del desánimo.
Porque temo perderte
ya que llevo una vida desordenada
y pálida con ese olor tan espantoso
que sale de las ventanas cerradas
donde me fumo mis tabaquitos.
Lo siento
no puede verte mas
los camaradas me están esperando
para ir a recoger el armamento.

11 de Julio de 2003

Esta mañana sacamos a la calle
el ataúd con los despojos
de Ella la grande la poderosa
que en su *maison poétique*
nos daba cariño y comprensión
así llevaremos a cuestas
nuestras cajitas de embolar
o nuestros tabaquitos
o el polvo de la madre celestina
que tanto buen **efeto** nos hace
a las trovadoras.

Ella murió mirando
a José, a Mario, a Juanma
que le dieron de lo que sabemos
para que se aliviara para siempre.
Todas las rapsodas son santas
y van al cielo,
eso dicen en la Real Academia
sin piedad y nada nadita nada.

La epístola

Puedo darte novísimas confidencias
contarte cuántas mejorías
en la trova de la conflagración.
Puedo revelarte una iluminación dinámica
que atraviesa el antártico de los difuntos.
Pero no puedo conversarte del postrero
vestido de las polillas,
y de esta penuria de advertirte.
Aquí también época y sitio
son resumidos.

¿Quiénes somos?

Logras restablecerme
a la borrasca y exigirle
por transferirme sus recelos.
Excitas que yo exorcice
el zapateo de los cascotes
y sin procurarte balance
limpias los fallecidos de mi vestido.
Y en tres porrazos de carillones
una noche de limbos obscenos
me pautas mi entidad.
Sólo nos resta encubrirnos
de esa cuestión que nos aparta.

Carta a Iván Marino

Pienso en ti
para contradecir
el sombrero a mis fallecidos.
Pienso en ti
para dejar de lado la refunfuña
donde las descargas
son la obra musical
del cántico patriota.
Destierro entonces
las punticas de mis senos con ojos de lluvia
con ese olor a caballo que tienes
y hace que me recuerde de mi duelo.
Reto el recelo centímetro a centímetro
y la borrasca me restituye los retratos
cuando intentamos la acrobacia de las quimeras.
La cerrazón es bella, la soledad extensa, larga la tirada.
La detonación no sacudirá a madre.

EDÉN MORÁN MARÍN

Tarjeta de visita

Doctor Edén Morán Marín
Enfermos nerviosos reflexología y sexología,
quince años al servicio de la especialidad
examen de reflejos condicionados y otros
Colegio Tomás Cipriano de Mosquera
timidez, complejos, ansiedad
sensación de muerte
locura, desfallecimientos
temores a la crítica
social o literaria
temor a la penetración
vaginal o anal
traumas de la niñez
pubertad, relaciones con padres abusivos.
vida en pueblos como Santa Rosa
tristeza, llanto
fatiga, mareos, insomnio
arrecheras, homosexualismo
diurno y nocturno
cheques chimbos
bufetes, resandería
viajes, platas ajenas,
dineros públicos
editoriales, fama....

Coletilla regia

Si no existen los jamelgos, los zares tampoco. Es sencillo: nadie entiende un jefe que no tenga alazanes. (En cambio todo el mundo cree a un penco aunque no tenga monarca: ergo, son más necesarios los brutos que los zares). Aun en estos tiempos, un príncipe con carro, o resbalando, será un jefe, pero es un soberano en recreos. Para presidir, las majestades necesitan los alazanes.

Todo esto lo sabía el Mono Martínez y llegó a punzarse cuando confesó que los potrillos y las jacas de su territorio no se copiaban. Se entregó con tanto ahínco al problema que aprendió el lenguaje ecuestre y, haciendo el gasto con una potra, descubrió que todos los pencos de su feudo eran franquistas. Así, rápidamente, trajo a su reino jamelgos de innegables creencias autócratas y pudo salvar el régimen realista en sus tierras.

Tu amor inadmisible

Una jornada en la sombra con tu amor inadmisible.
Una efímera cháchara, si acaso una visual,
y cae el azul del cielo sobre tus fondillos
y desfalleces de la dicha,
como con un quiebra miembros.
Es un amor imposible.
Sabes que no hay manera que lo penetre del todo,
que fue una fortuna que tocaras a tu amor imposible
que es imposible tu apego,
que no lo verás más,
que el amor que le tienes a tu amor inadmisible
no necesita de tu amor quimérico,
que nodrizas una utopía debajo de la piel
que te gusta tanto por dentro.

Los apegos insostenibles son perpetuos

Los apegos insostenibles son perpetuos, el turno no los
palpa no existen delates entre cariños inadmisibles.
Amo con eficacia, señor sin metas
a cada uno de mis amores increíbles.
El café con leche me desordena y voy a la madrugada
donde un resplandor que me alumbra,
la voz del hembro me ensarta cítrica,
de alambre, la noche del fingido,
el viento entre los árboles
y la danza del pene,
la danza del miembro
del muchacho de los cheques
y la boquita morada
entre la danza de la yerba maldita.
¡Ay Barba, Ay Rogelio!
Los amores increíbles
no se tientan,
no se atraviesan,
no pueden verse entre sí,
no existen los celos
perfectos con los amores imposibles,
porque tú me disciernes
porque tú me trepanas
porque soy como un cambista
lleno de billete y pecado.

Quimeras

Eres dueño de su risa
como si fuera bazuco de la noche
bicha del atardecer
perico ligero
traba que chuli no traba.
Pero sabes que va a irse.
Te piscina su alegría
te horadan sus brinquitos de chivo
con esa luz tan dulce que da la hierbita
pero sabes que va a irse con el otro.
El me fluye
líquido que destapa
pájaro que se aloja en mi nidito de amor
Pero amenaza con irse
si no le doy el billete para el vicio y la puta.
Se irá dejándome en la popa
la marca de su férula.
Entonces le veras un ratico
como darse de bruces con el otro
dejar que me haga lo que sabemos
como hacía Gómez Játtin
hasta el próximo encuentro
en Valencia con Precita.

Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard [Santa Fe de Bogotá, 1943-1974], el más notable poeta de la Generación desencantada, vástago de una antigua familia bogotana entre cuyos antepasados figuran Teresa de Ávila, Calderón de la Barca, Francisco de Paula Santander, Simón Bolívar, José Eusebio y Miguel Antonio Caro, José Asunción Silva, el General Lucas Caballero, Don Jorge Holguín y Holguín y Alfonso XII, estudió en el Gimnasio Moderno con algunos ex presidentes y ministros del despacho, y pasó buena parte de su juventud en la España del estraperlo y la Europa de la rebeliones estudiantiles o participando en tertulias y juergas en la capital de Colombia junto a miembros de la clase ociosa vinculados a la Juco, la Jupa o el Bloque Socialista. Fue asesinado, luego de un ignominioso robo a su apartamento, el 23 de Abril de 1974 a la salida de una corrida de toros en Zipaquirá, por un miembro de las fuerzas secretas del régimen, el coronel Aureliano Buendía, quien acusaba a Escobar de haber participado en el secuestro de uno de sus tíos. Presentación de Umberto Cobo. Publicación de dos poemas inéditos. *Ignacio Escobar conoce a Richie Ray y Bobby Cruz* por Hernán Toro.

Francisco Urondo (Santa Fe, 1930-1976), poeta, narrador, guionista de cine y periodista, sufrió arrestos y persecuciones combatiendo las tiranías argentinas. Murió en un combate con las fuerzas represivas. Director General de Cultura de la Provincia de Santa Fe y del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, escribió para Primera Plana, Panorama, Crisis, La Opinión y Noticias. Sus poemas han sido recogidos en *Poesía completa*, Buenos Aires, 2004.

Víctor Valera Mora (Valera, 1938-1984), mejor conocido como *el chino*, hizo estudios de sociología en la Universidad Central, participando en las luchas de la izquierda venezolana junto a Mario Abreu, Ángel Eduardo Acevedo, Caupolicán Ovalles y Luis Camilo Guevara con quienes fundó *La pandilla Lautreamont*. Fue uno de los archiveros de *La gran papelería del mundo* y recibió el Premio Nacional de Poesía en 1980. Su poesía ha sido recogida en *Obras completas*, Caracas, 2002.

Caupolicán Ovalles (Guarenas, 1936 - 2001), uno de los fundadores de *El Techo de la Ballena*, director de la Asociación de Escritores de Venezuela, recibió el Premio Nacional de Literatura en 1973. Su más conocido libro de poemas es *¿Duerme usted, señor Presidente?* (1962), contra Rómulo Betancourt, por el cual tuvo que exiliarse en Colombia. Otros de sus libros son *Elegía a la muerte de Guatimocín, mi padre, alias El Globo* (1963) y la novela *Yo, Bolívar rey* (1987).

Alberto Rodríguez (Cartago, 1939-1976), conocido como *El Nadaísta de Cartago*, hizo estudios en una escuela nocturna y profesó por algún tiempo como estudiante de derecho en la Universidad Santiago de Cali. Bohemio y dipsómano, sufrió del complejo de Edipo con su madre Manuela Cifuentes. Discípulo de Bonifacio Terán Galindo, cáustico contertulio del Café Colombia en el centro de Cali, Rodríguez se suicidó ingiriendo tapetusa [alcohol de lámpara mezclado con gaseosa]

abrazado a un retrato de José Asunción Silva. Publicó *Nunca habrá otro silencio* (1967) con el patrocinio de los hermanos Álvaro y Armando Holguín Sarria y *Los días como rostros* (1973) con la colaboración de Álvaro Escobar Navia, entonces rector de la Universidad del Valle y Hernando Guerrero, director del centro cultural Ciudad Solar. Dejó inédito un libro de cuentos titulado *Ocean Bar*.

Tomás Quintero (Cali, 1945-1978), creció en el Barrio San Nicolás, donde en compañía de sus amigos Aníbal Arias, Ernesto Viera y Serbio Figueroa frecuentaban La Habana Club, un reducto de adictos a la vieja música cubana y la canción francesa. Recibió una Licenciatura en Letras por la Universidad del Valle, donde fue profesor de literatura. Vinculado a la Universidad Santiago de Cali, murió el 3 de Junio de 1978, a los 33 años, en las aguas del Río Sabaletas, cerca del puerto de Buenaventura. Su poesía ha sido reunida en *Venid a buscar conmigo la muerte o la libertad* (1978).

Ignacio Alvarado (Bogotá, 1946), mejor conocido como *El poeta urbano*, fue por una década director del Magazín Dominical de El Planeta, donde publicó más de seiscientos nuevos vates de su tendencia metafórica. En 1977 la Universidad de Ciudad Jardín le concedió un Doctorado de Honores, pero antes había recibido medio centenar de condecoraciones y premios, etc. Su obra ha sido traducida a numerosas lenguas africanas y polinesias y es muy leído en lituano, estonio y letonio. Algunos de sus libros son: *Repaso del agua* (1973), *Astro de empeñados* (1975), *Los cleptómanos fúnebres* (1977), *La botica del ser alado* (1995) y *Peña de omitidos* (1988).

María Coronado (Guamo, 1956-2009), deambuló por las calles hasta que el Ministerio de Cultura le confirió una beca en 1998. Desde entonces fue acogida como una de las nuevas poetisas y trabajó incansable, desde su militancia en Polo Rosado, como intermediara de gestores culturales para la Fundación *Álzate el Vestido* del Distrito Capital. El arquetipo de su vida fue Caperucita Roja, le gustaban los tangos y el baile de salón. Según Juan Manuel Roca “*estos poemas ratifican su lirismo y reciedumbre entremezclados, lejos de cualquier visión sacarina de la realidad.*”

Edén Morán Marín (Rosa Bendita, 1947-1974), renovador de la poesía gay, recibió muy joven el Premio Baraibar por un libro con profusas citas; publicó la antología *Serpentario de amores* y antes de ser asesinado en la Avenida 19 de Bogotá, viajó por Turia redactando una biografía del albañil Bruto Galaico, gracias a una beca del Banco de la Nación.

Luis Miguel Madrid (Madrid, 1960), licenciado en Letras por la Universidad Complutense, recibió por su libro *Rua das janelas verdes* el Premio Arcipreste de Hita. Director de la revista cultural Babab, es socio fundador y miembro de la junta directiva de la Asociación de Revistas Digitales Españolas. Su librería-bar María Pandora queda en Las Vistillas de Madrid.